

comenta a Bacon que cuando él cabalga por las tardes y pasa por la casa de un arrendatario obsecuente, éste no notará que «mi ojo se detiene largamente ante los feos perros pequeños o ante el gato que blandamente se escurre por entre pedazos de flores, y que busca entre todos los objetos pobres y torpes de una forma de vida campesina, aquello único, cuya forma insignificante, cuya situación o apoyo no fue atendida por nadie, cuyo ser mudo puede convertirse en fuente de un atónico e ilimitado encanto. Pues mi sentimiento innominado y bienaventurado emergerá más bien de la solitaria hoguera de un pastor que del espectáculo del cielo estrellado; más bien del chirrido de un grillo cercano a la muerte cuando ya el viento otoñal empuja a las nubes invernales sobre los campos desiertos que del sonido majestuoso de un órgano»¹⁰. Para corroborar y explicitar este encanto atónico e ilimitado, Lord Chandos acude a la anécdota del orador Crasus, quien lloró por la muerte de su pescado. La imagen de este Crasus es para él «como una espina en cuyo entorno todo revolotea, pulsa y hierve. Entonces siento como si yo mismo cayera en efervescencia, lanzara burbujas, hirviera y chispeará. Y todo es una especie de pensar febril, pero pensar con un material que es más inmediato, fluido y candente que las palabras. Son igualmente torbellinos, pero de tal especie que no como los torbellinos del lenguaje parecen conducir a lo insondable, sino de alguna manera a mí mismo y al más profundo seno de la paz»¹¹. Ese pensar febril que le permite «volar» hacia las «criaturas más insignificantes» es «un pensar con el corazón». Con ello, von Hofmannsthal restablece la unidad perdida, pero ésta ya no es la de los contrarios sino la que le depara la embriaguez de poder «volar» hacia las cosas ínfimas, la que procura penetrar en el núcleo de la realidad, de la totalidad anterior a los «conceptos terrenales». El anhelo de penetrar en la realidad, de «volar» hacia las cosas ínfimas lo comparte von Hofmannsthal con los expresionistas que buscaban lo que uno de ellos, Casimir Edschmid, llamó la «realidad real» y con el postulado de Husserl de ir «a las cosas mismas». En el entretejido de las tres postrimerías (fin de la monarquía, religión inalcanzable, fin de la metafísica tradicional), von Hofmannsthal intercala huellas de la filosofía de la vida y de la fenomenología, es decir corrientes del pensamiento que al tiempo que reflejaban el crítico y borrascoso horizonte de la modernidad, de su culminación y concomitante agonía, esbozaban caminos para una renovación. Ésta tenía que comenzar consecuentemente con la problematización del lenguaje. Si las palabras fundamentales de la metafísica tradicional, «espí-

¹⁰ Von Hofmannsthal, *Hugo*, op. cit., p. 470.

¹¹ *Ibid.*, p. 471.

ritu», «alma», «cuerpo» se le derritieron en la boca a Lord Chandos como «hongos podridos», si la verdad causa vergüenza, y es como una moneda desgastada, si, pues, las palabras están profanadas por la mugre de los propietarios anteriores que las pervirtieron, ¿cómo renovar, cómo dilucidar el «estado inexplicable»? von Hofmannsthal no encuentra salida a esa aporía. En el penúltimo párrafo de la *Carta...* asegura por boca de Lord Chandos que «el lenguaje en el que quizá me fuera dado no sólo escribir sino pensar no es ni el latín, ni el inglés, ni el italiano ni el español, sino un lenguaje de cuyas palabras ninguna me es conocida, un lenguaje en el que las cosas mudas me hablan y en el que tal vez un día tomaré mi responsabilidad en la tumba ante un juez desconocido»¹². Las «cosas mudas» son las «cosas mismas» de Husserl, pero von Hofmannsthal traslada lo que Husserl llamó *epoché* (la exclusión de todas las opiniones acumuladas en la historia del pensamiento sobre las cosas, para llegar a su esencia) a un más allá incierto. Con esta inversión de lenguaje en mudez, von Hofmannsthal se apartó del camino que siguió Husserl y se aproximó a Fritz Mauthner, quien en su libro *Contribuciones a una crítica del lenguaje* (1901-02) había negado radicalmente la capacidad del lenguaje de conocer la realidad. En su *Diccionario de filosofía. Nuevas contribuciones a una crítica del lenguaje* (1910), resumió sus minuciosos argumentos con esta frase que justifica la crítica del lenguaje: «La crítica del lenguaje es el trabajo en el pensamiento liberador de que con las palabras de sus lenguas y con las palabras de sus filosofías, los hombres nunca pueden llegar más allá de una exposición pictórica de la realidad»¹³. Agrega que el lenguaje es «un miserable instrumento del conocimiento», que sin embargo ofrece al artista signos de talento para evocar sentimientos»¹⁴. Tanto el lenguaje anhelado por von Hofmannsthal como los escombros del lenguaje que deja la crítica del lenguaje de Mauthner desembocan en una mística que es una huida del presente. Pero esa huida del presente conduce necesariamente a una recuperación del pasado: la conciencia del fin del pasado recurre al pasado. Y del mismo modo la mística atónita requiere del lenguaje. En su conferencia sobre *La palabra escrita como espacio espiritual de la nación* (1927), von Hofmannsthal se despojó de la máscara de Lord Chandos, que percibió y padeció el mundo moderno en las vísperas de la primera guerra mundial. Después de ella, von Hofmannsthal invirtió la nada que lo había acosado y

¹² *Ibíd.*, p. 472.

¹³ Mauthner, Fritz, *Wörterbuch der Philosophie*, Diogenes Verlag, Zürich, 1980, t. 1, p. 11.

¹⁴ Mauthner, Fritz, *Neue Beiträge zu einer Kritik der Sprache*, Ullstein Verlag, Berlín, t. 1, pp. 337 y 94 respectivamente.

su mudez en un clamor, que formuló dos años antes de su muerte en esa conferencia. Adjudicó al lenguaje una significación política y aseguró que «no es por nuestro habitar en la tierra patria... sino ante todo por una participación espiritual que estamos ligados a la comunidad... Nos encontramos unos a otros en un lenguaje que es completamente diferente del mero y natural medio de entendimiento, pues en él nos habla el pasado, nos influyen fuerzas y se hacen inmediatamente poderosas a las que las instituciones políticas no tienen poder para darles espacio o ponerles límites; se hace efectiva una relación peculiar entre las generaciones, tras de eso vislumbramos un algo que gobierna, que nos atrevemos a llamar el espíritu de la nación. Pero todo lo más alto, lo más digno de mención nos ha sido legado desde hace siglos por la escritura, así hablamos de lo escrito»¹⁵, es decir, especifica von Hofmannsthal, no sólo de los libros sino de los epistolarios, memorias, de las anécdotas, las profesiones de fe políticas o intelectuales, una cantidad de formas que influyeron en sus tiempos. Von Hofmannsthal enmarca este legado escrito en un largo proceso que «propriadamente se pone en marcha como una reacción contra aquella revolución espiritual del siglo XVI que en sus dos aspectos solemos llamar Renacimiento y Reforma. El proceso del que hablo no es otra cosa que una revolución conservadora de un alcance como no lo conoce la historia europea. Su meta es forma, una nueva realidad alemana de la que podría participar la nación entera»¹⁶. Von Hofmannsthal articuló el nuevo exotismo que ya habían anhelado Dostojewski y el joven Thomas Mann con la misma consigna, pero von Hofmannsthal la especificó: elite directiva, comunidad sentimental, preeminencia del pasado irrepetible que pretendía repetir. La revolución conservadora que embanderó von Hofmannsthal presidió en la dialéctica Alemania el florecimiento de un segundo «nuevo humanismo» (el anterior fue la llamada «época de Goethe»): esa Revolución nutrió y amparó las obras de Oswald Spengler, Max Scheler, Ernst y Friedrich Georg Jünger, del gran analítico «nacional-blochevique» Ernst Niekisch, de Carl Schmitt, por citar los más conocidos. Pero de ella abusaron los que la invocaron para acentuar extremadamente el rasgo nacionalista de esa Revolución: los grupos «nacionalistas», fascistas, la «defensa negra», las llamadas «tropas libres», entre tantos más que abonaron el suelo a los nacionalsocialistas. Esos abusos ponen un signo de interrogación a la monárquica revolución conservadora de von Hofmannsthal, pero a su vez despejan una incógnita

¹⁵ Von Hofmannsthal, Hugo, *Das Schriftum als geistiger Raum der Nation en Ausgewählte Werke*, ed. Rudolph Hirsch, S. Fischer Verlag, Frankfurt, 1957, t. 2, p. 724.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 739.

de la relación entre Stefan George y von Hofmannsthal: un año después del bautizo de la revolución conservadora, Stefan George preparó el último tomo de sus obras completas bajo el título *El Nuevo Reino (Das neue Reich)*. Los nacionalsocialistas lo malentendieron como profecía del advenimiento del Tercer Reino (*Das dritte Reich*). Los dos querían ser «Conductores» (*Führer*), dirigir una elite que se hallaba en un mundo tan estéticamente exclusivo que no percibió que la clase media en ascenso que los rodeaba era, con la prensa que la desorientaba ampulosamente, de un vanidoso analfabetismo y que ya se estaba gestando una «nueva realidad alemana», ajena a la que anhelaba von Hofmannsthal. Después del genocidio, la mudez de Lord Chandos se extendió al mundo: «la muerte es un maestro que viene de Alemania», escribió Paul Celan en el famoso poema *Fuga de la muerte*. Lo escribió en el lenguaje de los verdugos de su pueblo y de sus padres, en un lenguaje que por ser vedado desafiaba a su recreación. Esta subyace a la «poesía del silencio» que se encuentra en situación semejante a la mudez de Lord Chandos. En una carta a Ludwig von Ficker, Celan escribió en el inconfundible estilo de la *Carta de Lord Chandos*: «Silencio, impuesto y en sí mismo decidido silencio que fue un no poder hablar y un silencio tal que creía ser un no tener que hablar... Pues a veces me parece como si yo fuera el prisionero de estos poemas y al mismo tiempo su carcelero»¹⁷.

La *Carta de Lord Chandos* fue no sólo expresión de la crisis personal de von Hofmannsthal, que superó con su dedicación al teatro, sino reflejo del complejo laberinto de la modernidad en su efervescente y natural crisis, que Nietzsche había articulado y que precisó Husserl, sólido vecino intelectual del intuitivo von Hofmannsthal, en su conferencia de 1935 sobre *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*: «La creencia de que el ideal de la filosofía que desde el comienzo de la época moderna dirigía todos los movimientos y el método se ha tambaleado; no sólo por el motivo externo de que el contraste entre el permanente fracaso de la metafísica y el crecimiento ininterrumpido y cada vez más poderoso de los éxitos teóricos y prácticos de las ciencias positivas que alcanzó formas monstruosas. Cosa semejante influyó tanto en los profanos como en los científicos que en el tráfigo especializado de las ciencias positivas devinieron cada vez más en especialistas afilosóficos. Pero también en los investigadores completamente imbuidos del espíritu filosófico y de ahí

¹⁷ Cit. en Pöggeler, Otto, *Spur des Wortes. Zur Lyrik Paul Celans*, Karl Alber Verlag, Freiburg/Breisgau, 1986, p. 406.

centralmente interesados en las supremas cuestiones metafísicas se destacó un sentimiento cada vez más urgente del fracaso, y ciertamente que entre ellos por profundísimos, si bien completamente *inexplicables motivos*, que elevaron su protesta cada vez más en voz alta contra las evidencias firmemente arraigadas del ideal dirigente. Se llega a un largo tiempo que va desde Kant y Hume hasta nuestro tiempo, determinado por un apasionado forcejeo para penetrar en una clara autocomprensión de las causas verdaderas de este secular fracaso¹⁸. Lord Chandos padeció este fracaso.

¹⁸ Husserl, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, ed. Walter Biemel, Martinus Nijhoff, La Haya, 1954, p. 9.